

LA INVISIBILIDAD DE IMAGINARIOS TECNOLÓGICOS
ALTERNOS

THE INVISIBILITY OF TECHNOLOGICAL ALTERNATIVES

Héctor José Huyke
Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de
Mayagüez
hhuyke@gmail.com

Resumen: De casi cualquier nuevo servicio o artefacto en el mercado nos quieren hacer creer que contiene la tecnología más avanzada. Tendemos a tomar cualquier afirmación de que se trata de la tecnología más avanzada como un argumento a favor del uso o adquisición de la tecnología que sea. Si es lo último en tecnología, presuntamente tendrá algunas ventajas sobre lo anterior. La presente reflexión concierne la superación del discurso cada vez más generalizado que valida los cambios recientes en tecnología una y otra vez, prácticamente sin excepción: siempre debemos aprovechar las ventajas de lo último en tecnología, y las desventajas las debemos atender según aparezcan. Este discurso no sólo delata total ausencia de reflexión con respecto a la naturaleza de la tecnología como tal y la tecnología contemporánea en particular, sino que también ensombrece, descarta y obstaculiza imaginarios tecnológicos alternos – los invisibiliza, si se nos permite acuñar un verbo.

Palabras clave: filosofía de la tecnología, tecnología avanzada, ética en la tecnología, internet, redes sociales

Abstract: For almost any new service or gadget in the market, someone wants to make us believe that it contains the most advanced technology. We tend to take any such affirmation as an argument in favor of using or acquiring the technology. If it is the latest technology, presumably it must have some advantages over its predecessor. This essay is about overcoming the ever more generalized discourse that validates recent changes in technology again and again, practically

without exception. According to this discourse, we should always take advantage of the benefits of the latest in technology. The disadvantages should be taken care of as they show up. This discourse not only reveals the total absence of reflection with respect to the nature of technology as such and contemporary technology in particular, but it also obscures, rules out and puts obstacles to imagining alternatives to the prevailing technological tendencies – making alternatives invisible.

Keywords: philosophy of technology, advanced technology, ethics of technology, internet, social media

El discurso de aprovechar lo nuevo en tecnología

Mientras la crisis climática hace cada vez más urgente un cambio radical en la trayectoria que la tecnología ha tomado en los pasados siglos, el mundo contemporáneo está entrampado en la cultura tecnológica que produce la trayectoria que hay que cambiar. Con el COVID-19, hoy hay hasta para quien parece que la trayectoria en tecnologías de información y comunicación es nuestra salvación, puesto que esas tecnologías ayudan a superar dificultades inmediatas como la de no poder acercarnos físicamente unos a otros. En el tiempo que se redacta este ensayo, difícilmente podemos compartir en persona, pero nos vemos en *Zoom*, en *Google Meet*, en *FaceTime*. Y bien, pero así dejamos intacto el problema de fondo. No nos damos cuenta, por ejemplo, que la misma necesidad de distanciarnos físicamente los unos de los otros, para no contagiarnos del virus mortal, está íntimamente ligada a la trayectoria tecnológica predominante de siglos recientes. Hace falta superar ese discurso que le ensancha el paso a la trayectoria. Tenemos que dejar ese discurso atrás para tomar los asuntos de tecnología de otra manera.

Mirando ampliamente, ¿qué pasa en estos tiempos cuando alguien apunta a alguna desventaja o problema de alguna nueva tecnología, la que sea? Representemos esto en forma de un corto diálogo entre Abel y Beatriz:

Abel: “Con tecnología X podemos lograr 1, 2 y 3, lo que, en términos generales, es positivo”.

Beatriz: “Es cierto, pero tecnología X también presenta 4, 5 y 6, lo que, en términos generales, es negativo”.

Abel: “¿Toda tecnología presenta positivos y negativos, ventajas y desventajas, usos de todo tipo, algunos correctos y otros no! ¿Vamos a privar a la humanidad de tecnología X porque presenta unos negativos? ¿No crees que la sociedad debe atender lo negativo con otras medidas posiblemente también tecnológicas, o de otra índole, dependiendo del problema que sea, con educación, por ejemplo, con abstención moral, o con sanciones legales?”

El problema que nos concierne no reside en el número total de positivos versus el número total de negativos. Aunque no es la práctica general, podríamos estipular, a tenor con el utilitarismo, que sólo vamos a apoyar tecnologías cuyo número y calidad de los positivos supera por mucho el número y la calidad de los negativos. Con eso y todo, tendríamos el problema al que nos dirigimos. Es muy posible que Beatriz no tenga como responder a la respuesta de Abel, sobre todo en el contexto amplio de la cultura tecnológica actual. El corto diálogo tiende a terminar ahí. Aunque los negativos sean muchos y contundentes, muy probablemente cierto modo de silencio le da la razón a Abel. Su pregunta final se torna retórica. ¡Claro que sí! ¿Cómo no? La sociedad debe atender lo negativo con las medidas que sea, pero acojamos la tecnología X, puesto que con ella podemos al menos lograr 1, 2 y 3.

Es importante aclarar que todavía hay para quien todos los problemas que tienen que ver con tecnología son problemas técnicos. Los negativos que se presentan en este caso son muy estrechos, por así decirlo, y se traducen inmediatamente como problemas ingenieriles algunos de los cuales aún no tienen solución, pero eventualmente la tendrán. Por ejemplo, no es nada extraño encontrarse un ingeniero que entiende que, en lo que concierne al diseño de productos y servicios nuevos, los asuntos éticos no son otra cosa que asuntos de seguridad, *safety issues* en buen castellano. En el afán de la más pura tecnicidad de la eficiencia, la productividad y el control, la seguridad siempre se puede mejorar, y claro, el sentido común predominante nos dice que todas y todos valoramos vivir en un mundo más seguro.

No obstante, aunque en algunos círculos aún se insista en seguir conceptualizando la misión ingenieril en términos de la más pura tecnicidad, los asuntos de diseño ya no se presumen decidir tanto con meras medidas de eficiencia, productividad y control como en los tiempos más puramente tecnocráticos de antes. En la ingeniería contemporánea permea la conciencia de que las tecnologías nos presentan asuntos éticos y políticos que no son meros *safety issues* en la consecución de la eficiencia, la productividad y el control. De hecho, entre facultativos de ingeniería a veces encontramos más conciencia del carácter ético de la tecnología que entre facultativos de las humanidades. Entre ingenieros y no ingenieros, se está haciendo común aceptar que la tecnicidad es inherentemente valorativa, puesto que las tecnologías, en su carácter práctico, ponen en juego utilidades de gran amplitud para la humanidad. Las tecnologías pretenden “mejorar” algo en la vida, y la idea de mejorar la vida ya encierra asuntos éticos y políticos más allá de la seguridad. Delegamos valores morales y políticos en las tecnologías. Aquella racionalidad puramente instrumental que por su terrible estrechez preocupaba a pensadores de las primeras generaciones de la filosofía de la tecnología, pensadores de la talla de Hanna Arendt, Jacques Ellul, Martin Heidegger, Horkheimer, Adorno y Marcuse en la tradición marxista, Lewis Mumford, Hans Jonas, Murray Bookchin entre otros, ya no pretende abarcar todo lo que hay que pensar al diseñar y usar tecnología.

Nos podríamos alegrar de que, por fin, importantes profesionales del diseño ingenieril se dan cuenta que las tecnologías albergan valores morales. Pero no es tan sencillo. Giros discursivos como el de aprovechar las ventajas de un nuevo producto nos atrapan de una manera muy peculiar en la misma cultura tecnológica que tendía a orientarse meramente por eficiencia, productividad y control, ahora porque las innovaciones vienen con bendiciones y maldiciones, y no tenemos por qué poner demasiada atención en los males que no sea para superarlos y así continuar progresando, haciéndolo todo más eficientemente, más productivamente y con mayor control.

Beatriz pudiera hasta quedar convencida a favor de la tecnología X. Puede que hasta vergüenza le dé que otras personas la puedan tildar de persona que sólo se fija en el lado

negativo de las cosas, o peor, que se trata de alguien que le teme al progreso. El discurso en discusión, en primer lugar, acorrala toda crítica. Pero en el fondo es algo mucho peor: corta en seco la imaginación que se necesita para pensar en alternativas tecnológicas a lo que tenemos actualmente. No le llamamos a este tipo de razonamiento la invisibilización del pesimista, porque Beatriz no necesariamente es pesimista. No le llamamos la invisibilización del temeroso, porque Beatriz no necesariamente es temerosa. Le llamamos la invisibilización de imaginarios tecnológicos alternos. Beatriz puede muy bien ser una persona con sentido crítico y capacidad imaginativa que queda acorralada, neutralizada, cancelada; desaparece de escena en lo que tecnología X es introducida.

Por lo general, los lineamientos de la argumentación son implícitos, hasta el punto de que una misma persona muy comúnmente juega los dos papeles, los puede jugar el típico consumidor antes de hacerse de un dispositivo tecnológico y hacer buen uso de él; los juegan el ingeniero al diseñar y rediseñar mejorando el producto; y los juegan el empresario al buscar ganancias en los mercados de tecnologías. Parafraseando un poco el tipo de pensamiento que se da en esas circunstancias, la persona muy razonablemente se diría algo así: X permite hacer esto y aquello más eficientemente, o X aumenta la productividad en esto y aquello, o X provee al consumidor un control más eficiente de su tiempo, o mayor seguridad, por lo que puede ser más productivo. Los problemas que quedan y los que puedan surgir se resolverán poco a poco.

Cuatro ejemplos del problema

Como he indicado, ya no se insiste tanto en esa tecnicidad presuntamente libre de valores que siempre está articulando algún modo de eficiencia, productividad, control o una combinación de estos, y máxima seguridad para todos los involucrados. Tomemos como primer ejemplo la siguiente frase: “Social networks might promote democracy, but they also empower the enemies of freedom.” (Ferguson 2011) “The Mash of Civilizations” es el título del artículo de una popular revista de donde saqué esa típica frase “*yes, but*” “sí, pero”, y en este caso es su subtítulo. El autor es un historiador de nombre Niall Ferguson. Al preocupado autor no se le ocurriría rechazar el uso de las redes sociales porque, según él mismo plantea,

haya quien postea *fatwas* en *Facebook* y haya quien tuitea llamados a *jihad*. Al contrario, el artículo tiene el espíritu de que hay que seguir luchando por las redes sociales a la vez que asumimos los retos que nos presentan presuntos enemigos de la libertad. No me propongo entrar en la discusión de Ferguson. El punto, por ahora, es que el artículo propone acoger las redes sociales, asumiendo tanto las ventajas a aprovechar como las desventajas a superar.

Traigo a colación la frase de Ferguson porque refleja lo que comúnmente encuentro cuando busco estimados de cómo hoy generalmente tomamos las tecnologías de estos tiempos. Claro, siempre que se asome alguna controversia que algunos sectores entienden que hay que resolver, se generan discusiones alrededor de medidas específicas a tomar o no tomar, según los valores de esos sectores y según permita la ciencia detrás de la tecnología. Sin duda, hay para quién sería muy positivo hacer técnicamente imposible que alguien posteara *fatwas* en *Facebook* y tuiteara llamados a *jihad*. Y hay para quien cierto modo de *surveillance* que se extendiera a todo postear y a todo tuitear sería suficiente para mantener a las autoridades en alerta ante la posibilidad de tener que tomar acciones preventivas. Mejorías, podríamos denominar las medidas que sea que acordaríamos tomar, y no tienen que ser las mencionadas. Lo importante es que en todo caso serían medidas sobre algo que viene haciéndose realidad, serían medidas sobre algo que viene adquiriendo concreción, como diría el pensador Gilbert Simondon (1985). Serían medidas sobre algo que ya se ha deliberado a su favor. Lo importante es que, en lo que mejoramos las redes sociales, no las cuestionamos a fondo.

¿Qué sería cuestionar a fondo las redes sociales como tal? Para comenzar, el asunto pudiera reconstruirse en una manera completamente diferente. Podríamos reservar el concepto de red social para referirnos a redes presenciales. Las redes digitales en las que hoy depositamos tanta fe pudieran venir a ser un mero apéndice de esas otras redes en el contexto de unas relaciones mayormente presenciales, cara a cara. En este caso, podríamos imaginar futuras tecnologías de información y comunicación orientadas al fortalecimiento de localidades geográficas autónomas y diversas. Para servirle a esa diversidad local, habría que salir de la caja en la que estamos, donde parecería que para resolver los problemas de la democracia

tenemos que remitirnos sobre todo a mejorar los encuentros en las redes digitales y no los encuentros presenciales en la cercanía. Otro problema que tiende a invisibilizarse es que si algún día lográramos despojar a las principales redes sociales de la venta de nuestra información personal a intereses comerciales que ganan dinero individualizando (*targeting*) sus anuncios comerciales, el desarrollo de esas redes digitales tomaría otro rumbo. En ese caso habríamos logrado superar gran parte del incentivo de diseñarlas de modo que nos quedemos fijos y encerrados en ellas las veinticuatro horas. Se inhabilitaría el *surveillance* que es de tanto interés no sólo para el comercio, sino para el estado, y alimenta las ganancias de los dueños corporativos de esas redes. La concreción de las redes digitales en ese caso sería otra, o las tecnologías de información y comunicación digital se desarrollarían en una dirección diferente a la actual. El concepto sería otro, y la democracia sería mejor servida.

Un segundo ejemplo de la invisibilización de imaginarios tecnológicos alternos lo encuentro en el filósofo marxista de la tecnología Andrew Feenberg en su más reciente libro hablando de la anonimidad en el internet: “Anonymity protects any form of stigmatized or antisocial activity. Much of this activity has a commercial character—for example, the paid distribution of pornography. But anonymity also serves community. Individuals who would otherwise be fearful of the consequences of expressing unpopular views are free to do so in forums where they debate the issues of the day or gather with others to clarify their ideas and organize.” (2017, 103). Aquí, el “*But anonymity...*” (“Pero la anonimidad...” en la segunda oración), aduce a los positivos, lo que contrasta con el ejemplo anterior, que comienza con el positivo de que las redes sociales promueven la democracia y termina con el negativo de que también empoderan a los enemigos de la libertad. Es un mismo giro discursivo, no obstante. Ante un testimonio del internet como el de Feenberg, se hace atractivo pensarlo como algo a mejorar, y prácticamente imposible pensarlo en forma más radical.

Ese es el punto de Feenberg. Su teoría del constructivismo crítico, en este caso, no hace otra cosa que buscar formas de fortalecer el modelo comunitario del internet sobre el modelo comercial y consumista. No estoy en total

desacuerdo; muy bien por Feenberg, pero corta de raíz la posibilidad de imaginarios tecnológicos alternos. En lo que nos solidarizamos con reformas como la de Feenberg en la lucha por fortalecer el modelo comunitario, el internet tiende a sustituir otros tipos de foros presenciales donde se debaten los asuntos del día y tiende a convertirse en el espacio donde la gente se reúne para clarificar sus ideas y organizarse. En el internet también se tienden a modificar los asuntos a discutirse, acrecentando su propio dominio. Podemos ver el punto en la larga discusión en torno a *net neutrality*. Servir a la comunidad viene a ser no permitir que los proveedores más poderosos puedan bloquear, entorpecer o cobrar por contenidos específicos en el internet. El valorado fortalecimiento de la comunidad viene a ser el fortalecimiento del acceso comunitario al internet. Es como planificar la transportación en una ciudad en crecimiento partiendo de la premisa que todos y todas hemos de transportarnos en automóvil. No es que dicha planificación no puede lograr su propósito o está completamente errada. El problema con la planificación de la transportación en dicha ciudad es que es muy estrecha. Si en el ejemplo anterior, el asunto viene a ser tomar una serie de medidas en las redes sociales para controlar a los llamados enemigos de la libertad, en este ejemplo, la comunidad a fortalecer es la comunidad en el internet, no la comunidad como tal. El internet en general viene a opacar todo lo que no sea el internet.

Abel triunfa sobre Beatriz, y procedemos a abrazar positivamente tecnología X. El internet en general, como las redes sociales del primer ejemplo, viene a ser una maravillosa plataforma a corregir y a mejorar. Así se hace la historia moderna y contemporánea. ¿Por qué así? Porque la tecnología, por su utilidad, es en todo caso cierto modo de optimización en algún contexto cultural y político; por tanto, en todo caso va a presentar positivos o ventajas, como queramos llamarle. Funciona para esto y funciona para aquello. Si una tecnología no presentara positivos, aunque en sentido técnico siguiera siendo un modo de optimización, quedaría rechazada de plano, pues sólo tendríamos los negativos o las desventajas. No calificaría como tecnología a introducir o tener en el mundo. La invisibilización de la imaginación tecnológica hace de la humanidad contemporánea rehén de unos patrones en

tecnología que no se evalúan comprensivamente y por propio peso. No se piensa fuera de una caja y la caja es bastante estrecha. La caja no es tan estrecha como la del tecnócrata de antes, pero sigue siendo un fanatismo bastante ciego. Evaluamos las tecnologías sólo por sus ventajas. Y claro, ya era hora de decirlo, esto es muy ventajoso para el arraigo de ciertos patrones de diseño y rediseño de ese complejo tecnológico; es decir, este proceder es muy ventajoso en la perpetuación de una cultura tecnológica muy particular, una cultura que no podemos escindir del capitalismo, a lo que regresaremos.

A través de toda la modernidad, en lo que esta cultura tecnológica ha venido a constituirse como nuestro modo principal de vida, se viabilizan capacidades de múltiples tecnologías. Algunas de estas capacidades pueden ser completamente impensadas con anterioridad a la intervención de los usuarios. Al proceso reflexivo de interpretación y normalización con relación a las capacidades que van apareciendo, le podemos llamar *abduction* (Feenberg 2017, 181-183). Algunas de las capacidades que van apareciendo, los *affordances*, como venimos refiriéndonos a dichas capacidades en la literatura académica, se van añadiendo a las ventajas y se van haciendo legítimas a los ojos de todo el mundo. Podemos ver un ejemplo de cambio en valores efectuado en medio de la concretización del internet en como el ideal de la transparencia ha venido cogiendo auge en todo lo que concierne al internet, hasta el punto en que, para muchos de los usuarios, la pérdida de su privacidad deja de ser un problema. Se puede decir que el pueblo ahora reclama más la transparencia que la privacidad; eventualmente quizás sólo quiera la más pura transparencia. Para colmo, difícilmente se da cuenta que los dueños de los medios de producción que son las redes sociales creen en la transparencia de la vida y obra de sus usuarios, no la transparencia en sus transacciones, sus ganancias y las formas en que evaden impuestos.

Para ver más de cerca la formación de este amplio balance a favor de la cultura tecnológica actual y en contra de toda alternativa, tomemos como ejemplo las gafas de inmersión visual y auditiva, sea una versión “más avanzada” de *Oculus Virtual Reality* o sea *Google Glass*. El filósofo Jason Farman nos cuenta con gran entusiasmo cómo en un futuro no muy lejano una persona que esté de visita en una importante ciudad

podrá familiarizarse con la historia de esa ciudad con gran facilidad. Con solo acomodar el equipo en su cara, esta persona logrará transportarse al pasado a presenciar virtualmente un importante evento histórico que pasó en el preciso lugar donde pasó (Farman 2012). ¡Va a ser como si hubiera estado ahí presente! ¡Qué maravilla! Excitante, ¿verdad? Pues resulta que se trata de la misma tecnología que va a llevar a otra persona a evadir su vecindario porque es pobre y le deprime. Farman ni tan siquiera nos presenta esto otro como asunto a discutir. Inadvertidamente anclado en los privilegios de una parte de la población en el Norte global en que vive, sólo piensa en su feliz turista. En un futuro no tan lejano, la inmersión tecnológica ostensivamente diseñada para contribuir con fines tan nobles como los de turistas genuinamente interesados en conocer los lugares que visitan, también va a contribuir con la gran huida de las mayorías empobrecidas, sobre todo en el contexto de precariedad de empleos producido por las ventajas de otra de esas tecnologías contemporáneas. Me refiero a la inteligencia artificial. La invisibilización de alternativas es acumulativa; los efectos principales son de conjunto. Las redes sociales, el internet, las tecnologías de inmersión virtual y la inteligencia artificial se acoplan unas con otras, formando cierto modo de ensamblaje que nos aparta de la cercanía presencial.

Lo que estamos haciendo con la tecnología actual no es tanto apostar a que la gente con la voluntad para hacer mucho bien pueda hacerlo por las ventajas que ésta provee, sino que también estamos apostando a que la gente que en alguna medida carece de esa voluntad se deje llevar por las aplicaciones más debilitadoras. Como hay para quien es muy conveniente eso de que alguien prefiera entregarse a un ambiente que podemos denominar sustitutivo a tener que enfrentar cierta realidad, estamos apostando también a que gente con voluntad y el capital para ello haga lo que quiera con las debilidades de los demás.

Esas cosas que, según mencionábamos, antes no podíamos hacer y ahora podemos hacer con tecnología X, esas cosas que en muchos casos vamos descubriendo sobre la marcha del uso de las tecnologías, se van añadiendo a las ventajas gracias a la misma naturaleza de toda tecnología. Toda tecnología tiene su forma de tratar de convencernos a su favor. *Messenger* y *Whatsapp* nos invitan a textear, y a enviarnos y a

recibir fotos y artículos de interés, tal y como una silla nos invita a sentarnos. Como contestara un alumno de la profesora y psicóloga Sherry Turkle a la pregunta de por qué durante la clase coteja los textos que recibe en su teléfono inteligente: “I need to see who wants me. We are not as strong as technology’s pull” (2015, 211). Las tecnologías no sólo son modos de optimización, sino que hacen sentir la multiplicidad de fines que albergan. No obligan, pero hacen sentir sus fines, y hacen historia, lo que no está mal. ¿Pero la historia de quién?, pregunto ahora. ¿Qué historia queremos hacer realidad con tecnologías?

No voy a mostrar que la abstención moral que Abel sugiere como una de las soluciones a lo que Beatriz le plantea es eficaz en este y aquel caso, pero ineficaz en este otro caso. Tampoco voy a mostrar cómo el estado puede asegurarse de establecer las normas que corresponden ante las desventajas de esta y aquella tecnología y hacerlas valer con educación y sanciones. En resumidas cuentas, no voy a atender como tal los problemas 4, 5 y 6, los negativos, que el crítico quiere que se tomen en cuenta. El problema que me concierne es la forma discursiva en que popular y comúnmente nos acercamos y resolvemos el asunto de las tecnologías a introducir y usar en nuestras vidas. El diálogo mismo entre Abel y Beatriz es el problema. Es imperante poder salir de esa dualidad y eventual cancelación a favor de tecnología X, para ver las cosas desde otras perspectivas. Ese es el camino a la solución.

Una versión particularmente contundente del diálogo invisibilizador, la podemos encontrar en las conocidas *dual-use technologies*, concepto que se aplica con particular insistencia al ámbito militar. Desde finales de la Segunda Guerra mundial, los presupuestos anuales exorbitantes del Departamento de la Defensa de los Estados Unidos de América comúnmente se justifican en parte precisamente como inversiones en tecnologías que con ciertos ajustes presuntamente redundan en un mejor futuro para el país. Cabe citar un discurso del presidente de los Estados Unidos de América a finales de los años cuarenta del siglo pasado. Harry S. Truman planteaba que había que dejar atrás las atrocidades de la guerra, pero que no por ello deberíamos desaprovechar el impulso industrial que hizo posible el triunfo de los aliados. Truman hizo un llamado a lanzar “un valiente nuevo programa para hacer que los

beneficios de nuestros avances científicos y del progreso industrial estén disponibles para el mejoramiento y el crecimiento de áreas subdesarrolladas” (Esteva 1993, 6). Como indico en mi libro, *Tras otro progreso*, “a partir de este discurso, las relaciones Norte/Sur podían dejar de entenderse de acuerdo a la oposición colonizador/colonizado. Ahora, podrían verse en una luz moralmente más aceptable: la oposición país-desarrollado/país-en-vías-de-desarrollo” (Huyke 2013, 80-81). Según el ya clásico análisis de Gilbert Rist del concepto del desarrollo de los países, así “fue inaugurada la era del desarrollo”, lo que era un invento, y fue y siguió siendo contrario a los hechos (2010, 71). No obstante, desde el punto de vista de esta investigación, lo más significativo es que una vez más Abel gana el argumento.

El estilo de vida agitado y ansioso que se desprendía de las tecnologías de guerra en la guerra, con unas pocas modificaciones, pasó a ser el estilo de vida en los tiempos de paz. Parecería un acto de la providencia o una cuestión del destino que nos moveríamos y nos comunicaríamos por todo el mundo como sólo en la guerra había parecido ser necesario. El automóvil, el avión, el teléfono y la computadora recibieron múltiples empujes brutales; vinieron a ser la primera columna de un nuevo modo de vida agitado, individualista y ansioso que eventualmente acapararía el imaginario histórico del mundo entero empeñado en alcanzar lo que Truman denominó desarrollo. Algunos países continuarían “desarrollándose” hacia nuevas alturas; otros presuntamente eventualmente los alcanzarían. A tenor con el discurso en discusión, las ventajas estaban muy claras. Las desventajas se atenderían con las medidas que fueran necesarias. Aunque eso del “desarrollo” era más bien un cuento que no produce una humanidad más feliz y los que estaban atrás, de todas maneras, por lo general, estarían destinados a un ideal falso y a un insuperable estancamiento llamado “subdesarrollo, por décadas a penas escuchamos al crítico. Enseguida le pusieron el tapabocas de ultra-conservador, miedoso y pusilánime. No prestarse a la idolatría del “desarrollo” es aún tomado como falta de fe en la humanidad. Y, sin embargo, la gente reporta ser más feliz en los países no tan “desarrollados”, y no tan felices en los “súper-desarrollados”.

Para salirnos de la resbaladiza cuesta

En una reflexión de particular importancia para esta discusión, el historiador Yuval Noah Harari compara y asemeja “an economy built on everlasting growth”, necesitando “endless projects”, por un lado, y “the quests for immortality, bliss and divinity” propio de las religiones predominantes, por el otro. Con cierto sentido del humor, se pregunta, “Why not settle for bliss and immortality, and at least put aside the frightening quest for superhuman powers?” (2017, 52). La contestación no se deja esperar. El afán por aumentar los poderes del ser humano está íntimamente ligado a la tradicional búsqueda del cielo y la inmortalidad. El afán por aumentar los poderes del ser humano hereda, por así decirlo, el otro afán, sobre todo en el creciente ambiente nihilista. A los contemporáneos se nos hace difícil creer en Dios y en el alma, pero no es nada difícil hoy en día creer que, con la ayuda de las ciencias, la tecnología eventualmente nos puede acercar al cielo en la tierra.

Harari procede a dar muchísimos ejemplos. Me concentro en dos: “When you discover bionic legs that enable paraplegics to walk again, you can also use the same technology to upgrade healthy people. When you discover how to stop memory loss among older people, the same treatments might enhance the memory of the young” (2017, 52). Y así sucesivamente... Implícito en estos ejemplos está la invisibilización de imaginarios tecnológicos alternos. En el espíritu de la cultura tecnológica actual, uno enseguida se apega a todo tipo de ventaja: ¿Por qué inhibirnos de poder caminar con más agilidad? ¿Por qué no permitir que los jóvenes puedan mejorar su capacidad de memoria? Más allá de estos dos ejemplos que al fin y al cabo no nos presentan los peores reparos morales, ¿por qué no dejar que, con la ayuda de las ciencias, la tecnología nos permita llevar la humanidad un gran paso adelante, es decir, que nos permita trascender a la propia humanidad? ¿No es ello el más alto y legítimo ejercicio de gran imaginación tecnológica? Pues no. Es la misma cultura tecnológica invisibilizando alternativas, en este caso con esteroides.

Se acorrala a Beatriz en el contexto de una larga historia religiosa que ha terminado por hacerse nihilista. De lo que religiones del mundo como el cristianismo y el islam esperaban como trasmundo, nos podemos olvidar. De hecho, la evidencia

indica que estamos olvidando aquellos trasmundos, y con razón, dice Harari, ¡qué rayos! ¡Pero que la ciencia nos dé lo que pueda de ello en este mundo! Pensar así es aún entregarnos a cierto modo de religión, y Harari no es el primero en denominarlo la religión del humanismo.

La trascendencia de la humanidad hacia algo post-humano vendrá poco a poco, según Harari. “We are more likely to slide down a slippery slope” (2017, 53). Bien al comienzo de esa resbaladiza cuesta están ejemplos como el de una cura para la paraplejia que, a modo de *upgrade* o *enhancement*, tiene el potencial de llevar el común caminar a otro nivel, y de una cura para la pérdida de la memoria entre los mayores que tiene el potencial de llevar la memoria de los jóvenes a otro nivel. “Once you achieve a momentous breakthrough you cannot restrict its use to healing and completely forbid using it for upgrading” (2017, 55). En lo que respecta a la ingeniería genética, la sociedad actual rechazaría a quien de repente salga con que va a producir un hijo dotado de gran inteligencia y toda la funcionalidad y la belleza exteriores que nos podamos imaginar. No obstante, en el contexto del acorralamiento del crítico, lo que comienza con la fertilización *in vitro* para evitar riesgos de enfermedades genéticas bien peligrosas va a terminar con hijos por diseño. Evitar una enfermedad es la justificación inicial, pero “In baby steps, we are on our way to a genetic child catalogue” (2017, 55). De ventaja en ventaja, de positivo en positivo, este giro discursivo nos llevará lenta pero seguramente derecho a querer los niños de encargo genético. Al final de la resbaladiza cuesta lo que hay no es la alegría que viene con la renovada esperanza que es toda natividad; lo que hay es más el último modelo para los ricos y el modelo flojo para los pobres, lo que hay es más mercancía que criatura humana, más espectáculo que proyecto de vida. El *Homo Deus* es un infierno en vida.

No nos confundamos. Gran parte de la humanidad parece estar muy feliz con este estado del futuro, y esto que acabo de decir acerca del *Homo Deus* ser un infierno en vida, a esa humanidad le suena a Beatriz en mi diálogo inicial. Es interesante la conexión con las creencias religiosas. A mi juicio, así entendemos mejor la ceguera con que embarcamos en la lenta caída. Gran parte del pueblo escolarizado, y del no tan intervenido por las autoridades en educación también, por lo

general piensa que los *upgrades* y los *enhancements* son algo así como derechos cósmicos, lo que no son, y más bien reflejan una gran confusión entre el conocimiento que la ciencia nos puede brindar y el mundo que construimos a raíz de las tecnologías que desplegamos. A partir del propio Marx, y en el siglo veinte, con George Lukács, la tradición marxista ha puesto un nombre al fenómeno de hacer pasar procesos históricos por procesos naturales: reificación (Lukács 1971, 102). Todo parecería ser como tiene que ser y no un producto de ciertas prácticas humanas en un contexto cultural particular, lo que a la larga justifica *a priori* cualquier manipulación de nuestros cuerpos y de nuestras relaciones con los demás evitando daños laterales. Entra el discurso que hemos discutido. En sus líneas de investigación, la ciencia, sin embargo, no está sujeta a ninguna especie de legalidad suprema de la naturaleza desde la cual se derivan unos derechos a unas tecnologías particulares al servicio de la humanidad. Las investigaciones en las ciencias, como decimos coloquialmente, “siguen el dinero” que los intereses del capital tienen reservado para su “progreso”, y esas investigaciones proveen conocimientos que rápidamente se hacen vectores de unas tecnologías que también han de “seguir el dinero”.

Es obvio que las tecnologías que actualmente se despliegan por todo el mundo responden a intereses del capital. Sólo tenemos que mirar como los mercados de un empleo cada vez más precario juegan con las poblaciones, lo que pone en marcha y da brío al acaparamiento de la sociabilidad por parte de las redes sociales y las comunicaciones a distancia. No son los intereses y necesidades de unos cuerpos humanos lo que pone en movimiento esta inmensa maquinaria de las tecnologías de información y comunicación en que estamos inmersos. Los intereses del capital se aprovechan del hambre y la necesidad para que nos tengamos que mover hacia donde haya empleos, ¿qué remedio? Luego nos maravillamos porque podemos comunicarnos con quienes dejamos atrás o se nos van a otro país. Volvemos al fenómeno de la reificación. Todo puede parecer una especie de dote o regalo que el cosmos ha reservado para los maravillosos seres humanos que habitan la maravillosa tierra en el siglo veintiuno.

La cosa es compleja porque la tecnología actual no refleja sólo esos intereses del capital. Ya hemos tocado este punto cuando nos referimos a las ventajas que van apareciendo con los usos y aplicaciones. Mucho de lo que toda tecnología provoca es azaroso, una suerte de posibilidades que con posterioridad se acomodan a esos intereses. La tecnología siempre es multi-estable, según concluyera Don Ihde en sus estudios post-fenomenológicos (1990). Siempre posee cierta flexibilidad interpretativa, pero debemos advertir que, actualmente, es en el contexto más amplio de la difusa pero poderosa intencionalidad irracional del capital.

Si queremos, sin resbalarnos cuesta abajo, ayudar a quien no puede caminar y a quien tiene problemas de memoria, tenemos que abrir un espacio de evaluación de tecnologías y usos de tecnologías exento de los pros y los contras, los positivos y los negativos, las ventajas y las desventajas. Sólo así podremos salir de la caja según la cual, como he indicado, nos prestamos sólo a mejorar algo que ya tiene cierta concreción, algo que va a seguir el rumbo que lleva en esa concreción, y algo que no hemos examinado a fondo. En lo que respecta tanto a uso y aplicaciones como a diseño, tenemos que poder postular otras formas de sopesar o medir las tecnologías y sus usos. Necesitamos lo que el movimiento de pensamiento crítico denominó criterios externos.

A principios de la pasada década, en mi libro, *Tras otro progreso*, apostaba a medir las tecnologías desde el punto de vista de la felicidad, más exactamente desde el punto de vista de lo que denominaba su desenlace vital: la vitalidad, la diversidad, y la prosperidad de las localidades que en su despliegue las tecnologías mostraran. Sin duda, podemos profundizar en la alternativa que planteaba en ese libro. De todas maneras, gran parte del mundo se echa un poco a reír. Se pregunta: ¿es posible ubicarnos en un punto –La Felicidad con mayúscula– desde el cual medir los resultados de las tecnologías y que este punto nos provea algo más sólido que una mera preferencia subjetiva? ¿Quién sabe lo que hace a los humanos felices? ¿Alguien sabe? ¿Alguien puede saber? Y prácticamente el mundo entero contesta un rotundo: ¡no!

Y así, advertida o inadvertidamente, nos quieren forzar a volver a las esperadas conclusiones del discurso en discusión: con las tecnologías X, Y o Z al menos tenemos unos logros

firmes y seguros, las ventajas, los positivos, el 1, 2 y 3 de Abel con que comenzamos esta reflexión. Como decíamos, estos son muchas veces medibles, la más pura tecnicidad. “Con agricultura transgénica podemos multiplicar indefinidamente el rendimiento de esta y aquella cosecha.” “Con la tecnología automotriz actual podemos desplazarnos a donde queramos a gran velocidad, acelerar y decelerar en segundos, con un rendimiento cada vez mayor en combustible, gran comodidad y gran seguridad.” “Con el internet y las redes sociales podemos fortalecer la democracia y la comunidad. Los individuos que pudieran temer las consecuencias de expresar puntos de vista que han sido marginados tienen la libertad de participar en foros donde debaten los asuntos del día como también pueden reunirse con otros a clarificar sus ideas y a organizarse.” Podemos hacer esto, lo otro y aquello, y podemos hacernos cargo de las desventajas y los negativos paralelamente. Desde este punto de vista, que haya tal cosa como una auto-realización humana con la que esas tecnologías tengan que ser consistentes es pura especulación esencialista innecesaria.

He mostrado que el asunto no es tan sencillo. En primer lugar, las tecnologías que, como decía, fácilmente pasan la prueba del discurso que invisibiliza imaginarios alternos terminan produciendo su propia visión de La Felicidad con mayúscula. Esta ya mostraba sus lineamientos generales en los comienzos de la era moderna, cuando el visionario Francis Bacon propuso como lema de su *super think tank*, la Casa de Salomón: “the enlarging of the bounds of Human Empire, to the effecting of all things posible” (Achterhuis 1997, 4). (Mi traducción: “La superación de todo límite del imperio humano, llevar a cabo todo lo que podamos llevar a cabo”.) Siga poniendo el capital sus pautas o cese algún día de hacerlo, habría que todavía superar el más profundo fondo histórico que dicta que todo lo que el humano pueda hacer va, que lo importante es acrecentar el imperio humano, en otras palabras, que el poderío del hombre en el sentido de su dominio sobre todo es lo que hace a ese hombre feliz.

Si nos podemos reír de aquel sentido mío de la felicidad por su confesada ingenuidad esencialista, ¿por qué no reírnos de este otro sentido por su macharrana arrogancia? Lo primero es que parecería que el fin de la humanidad es el dominio de todo, lo que por fin está quedando bastante claro que no es

posible, y que si algo, es muy precaria la posición que este agresivo animal moderno y contemporáneo ha venido a ocupar en su lucha por sacar ventajas aquí y allá con vistas al ideal del llamado hombre y de lo que sea que lo pueda superar. La humanidad es una frágil criatura que pertenece más a la naturaleza que lo que la naturaleza pertenece a ella. Que ahora mismo somos objeto de una terrible pandemia es profunda evidencia de ello. Otra dificultad con esa visión baconiana del imperio humano, es que ese humano al que presuntamente el imperio ha de pertenecer, en la práctica es un número reducido de hombres que tratan de dominar todo lo otro excluido, incluyendo gran parte de la humanidad que queda colonizada.

No hay tal cosa como la esencia humana, y no es algo a lamentar. No hay tal cosa como auto-realización, si entendemos por ello una perfección a hacer realidad. La vitalidad, la diversidad, y la prosperidad de las localidades que constituían el fin a lograr según la tesis de mi pasado libro, no ha de entenderse como perfección a lograr. No obstante, dejar la cultura tecnológica predominante atrás ante la contundente evidencia de que es una trayectoria suicida, requiere postular unos propósitos que se puedan plantar una y otra vez como alternativa a la mortífera trayectoria que podemos palpar en los repetidos giros discursivos que invisibilizan esos propósitos alternos. A pesar de los desacuerdos que pueda haber, nos podemos orientar por el animal humano como posibilidad, como esfuerzo y lucha que no ha de acabar frente a resistencias y negatividades, lo que tiene que ver más con tener trabajo que con tener empleo, lo que tiene que ver más con el fortalecimiento de las cercanías que con el control automático sobre el cuerpo de ese animal, el control de la naturaleza, y el control de toda cercanía y lejanía. No necesitamos tecnologías que provean aumentos en control, que también implica el control de unos sobre otros, en una resbaladiza trayectoria que va de ventaja en ventaja hacia una satisfacción totalmente vacía de esfuerzos y luchas.

Beatriz le puede contestar a Abel que no vamos a jugar el papel que implícitamente nos impone, el papel de conservadora, el papel de agotada perdedora, el papel pesimista, o el papel del temor. No le contestemos a Abel que resulta que también hay unas desventajas en esta y aquella tecnología. Preguntémosle a Abel qué futuro quiere para la

humanidad. Llevemos el debate a la discusión de futuros alternos. Ese es a mi juicio el fondo de lo que está en juego. Las alternativas no van a venir a imagen si no debatimos ese futuro. Poder imaginar tecnologías diferentes a las de la trayectoria predominante no es la solución al problema que tenemos hoy, pero es un paso que hay que dar para salir de la trayectoria actual.

Referencias

Achterhuis, H. (1997) Introduction: American Philosophy of Technology. *American*

Philosophy of Technology: The Empirical Turn. (Editado por Hans Achterhuis). (Traducción de Robert P. Crease). Bloomington, Indiana University Press, 1-9.

Esteva, G. (1992). Development. *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge and Power* (Editado por Wolfgang Sachs). Witwatersrand UP, 6-25.

Farman, J. (2012). *Mobile Interface Theory: Embodied Space and Locative Media*. Routledge.

Feenberg, A. (2017). *Technosystem: The Social Life of Reason*. Harvard University Press.

Ferguson, N. (2011). The Mash of Civilizations. *Newsweek*, 18 de abril.

Han, B. (2012). *La sociedad de la transparencia*. (Traducción de Raúl Gabás). Herder.

Harari, Y. N. (2017). *Homo Deus: A Brief History of Tomorrow*. Harper Collins.

Huyke, H. J. (2013). *Tras otro progreso: Filosofía de la tecnología desde la periferia*, Editora Educación Emergente.

Ihde, D. (1990). *Technology and the Lifeworld: From the Garden to Earth*. Indiana University Press.

Lukács, G. (1971). *History and Class Consciousness*. (Traducción de R. Livingstone). MIT Press.

Rist, G. (2010). *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*. (Traducción de Patrick Camiller) 3era edición. Zed.

Simondon, G. (1958). *Du Mode d'Existence des Objets Techniques*. Aubier-Montaigne.

Turkle, S. (2015). *Reclaiming Conversation: The Power of Talk in the Digital Age*. Penguin.

Winner, L. (1986). *The Whale and the Reactor: The University of Chicago Press*.